

# EL DESARROLLO ECONOMICO EN LA EUROPA DEL SUR \*

CLARA EUGENIA NUÑEZ  
New York University

El propósito de este encuentro fue, en palabras de los organizadores, poner en contacto a economistas e historiadores interesados en el desarrollo económico a largo plazo de estos tres países a fin de promover un enfoque comparativo en el estudio de la Historia Económica de la Europa del Sur. Esta iniciativa se vio apoyada por dos circunstancias: el inminente ingreso de España y Portugal en la CEE, así como, desde otra perspectiva, la preocupación de la Asociación Internacional de Historia Económica por temas tales como crecimiento y productividad en las economías europeas.

La primera sesión estuvo dedicada a «La formación del mercado interior (Agricultura, comercio y niveles de vida)», y en ella se discutieron cuatro trabajos, de los cuales tres hacían especial hincapié en los cambios ocurridos en el sector agrario durante el período estudiado y sus repercusiones sobre el mercado interno de Italia, España y Portugal.

Tanto Jon Cohen para Italia, como James Simpson para España, y Lopes Vieira para Portugal, coincidieron en considerar las insuficiencias de la demanda interna de productos agrarios como la causa principal de que los cambios introducidos en este sector no fueran mayores o se retrasasen relativamente. Se adoptaron, sin embargo, nuevos métodos de producción, aumentó el uso de fertilizantes e insecticidas, se introdujeron nuevas semillas y se ampliaron las zonas irrigadas. Estos cambios, que se reflejaron en un aumento de la productividad, fueron más notables en Italia a partir de 1897, según Cohen, y ya entrado el siglo xx en España, en opinión de Simpson. Ambos autores insistieron, no obstante, en la racionalidad de los sistemas agrícolas dominantes en Italia y España durante el siglo xix. Esta racionalidad venía dada por la relativa abundancia de tierra y el bajo coste del trabajo agrícola, por una parte, y por las condiciones climáticas y de suelo que no permitían

---

\* Nota sobre el encuentro *Problemas históricos del desarrollo económico en la Europa del Sur: Italia, España y Portugal entre las décadas de 1830 y 1930* (Sevilla, 3-5 de octubre de 1984), dirigido por los profesores Gabriel Tortella y Leandro Prados de la Escosura (Universidad Internacional Menéndez y Pelayo).

el desarrollo de una agricultura mixta como en el norte de Europa, por otra. En su opinión, pues, no se puede hablar de estancamiento de la agricultura de estos países durante la pasada centuria. Lopes Vieira, por su parte, sugirió un mayor estancamiento de la agricultura portuguesa que el señalado por los otros participantes para España e Italia, el cual se reflejó en un atípico descenso de la población y en un alza de precios.

Por último, se presentó un proyecto de investigación en el que su autor, David Ringrose, planteó el problema de la integración del mercado interno en España desde una nueva perspectiva. En su opinión, sería interesante averiguar dónde y cuándo la España rural del interior experimentó cambios estructurales que indicaran una mayor integración del mercado nacional, siguiendo para ello los cambios acaecidos en la red de centros urbanos entre 1787 y 1910.

La segunda sesión estuvo dedicada al «Sector exterior», y la discusión se centró en dos temas fundamentalmente. Por una parte, se analizaron las ventajas e inconvenientes que pueden derivarse del uso de las estadísticas de comercio exterior de estos tres países. Por ventaja se entendió el hecho de que sean las de comercio exterior las series más completas que existen para el estudio de la historia económica de estos países. Entre los inconvenientes, el más importante fue el de demostrar la fiabilidad de estas cifras y la necesidad o no de introducir correcciones —de las que se mostraron partidarios en sus trabajos Prados-Tena, para España, y Lains, para Portugal.

Por otra parte, se discutieron los efectos del comercio exterior sobre el crecimiento económico, tema que por su complejidad no quedó sino esbozado. Así, Giovanni Federico expresó sus dudas acerca de una posible mejora de las Relaciones Reales de Intercambio italianas entre 1861-95, quizá relacionada con un crecimiento del comercio exterior total ligeramente inferior al de la mayoría de los países europeos, y sugirió la necesidad de clarificar el crecimiento de las exportaciones italianas estimando su elasticidad en alguno de sus mercados. Pedro Lains, tras un considerable esfuerzo econométrico de depuración de sus datos para Portugal, presentó unas conclusiones un tanto apresuradas, aunque bien encaminadas. Así, afirmó que la dinámica del sector exportador portugués es relativamente independiente de las fluctuaciones de la economía mundial y está determinada en mayor medida por las variaciones ocurridas dentro de la economía nacional. Por su parte, Leandro Prados, Antonio Tena y Gabriel Tortella afirmaron que existe evidencia suficiente en apoyo de la idea de que el sector exterior contribuyó positivamente al crecimiento de la economía española durante la mayor parte del siglo XIX. Así, señalaron que durante el período de 1830 a 1890 las exportaciones crecieron proporcionalmente más que la renta nacional y, por tanto, contribuyeron a un mayor crecimiento del resto de la economía. Si el sector exterior hubiera sido

mayor, en términos relativos, la renta nacional se habría beneficiado de ello, punto en el que parecen coincidir con las afirmaciones de Lains para Portugal.

En esta sesión también hubo una comunicación oral de Peter Hertner sobre las inversiones de capital extranjero en Italia entre 1883 y 1911, trabajo que supone un primer paso hacia la reconstrucción de la balanza de pagos italiana. Destacó en su presentación la contribución de capital extranjero, en especial británico, en la financiación de las importaciones coincidiendo con el período de mayor auge de la economía italiana, entre 1895 y 1911.

La tercera sesión se dedicó a «La industria», y en ella se intentaron cuantificar los niveles de crecimiento industrial y encontrar las causas del relativo atraso en la industrialización de estos tres países. Jaime Reis presentó una primera aproximación de un índice de producción industrial para Portugal, lo que le permitió afirmar que el crecimiento industrial de Portugal no es un fenómeno exclusivo del siglo xx. En opinión de Reis, los ciclos cortos que aparecen reflejados en este índice sugieren que los cambios en la productividad en algunos factores, los niveles y dirección de los gastos gubernamentales y, principalmente, las condiciones del mercado financiero portugués fueron los factores decisivos que influenciaron la configuración del ciclo industrial.

La interpretación de Albert Carreras del índice de producción industrial español elaborado por él mismo, vino a insistir en un aspecto clave también señalado por Reis para Portugal. En opinión de Carreras, la industria española, pese a todas sus limitaciones o insuficiencias, tuvo una aportación positiva al crecimiento económico, según se desprende del cotejo de las tasas de crecimiento de la producción industrial y de la renta nacional. Esta aportación fue particularmente elevada entre 1831 y 1860, y tan sólo ligeramente negativa entre 1913 y 1935. Así, concluyó Carreras que la industrialización no es un fenómeno del siglo xx en España, y, por consiguiente, el siglo xix no puede ser considerado como un período de estancamiento industrial.

Stefano Fenoaltea presentó una ponencia en la que revisaba tanto algunos de sus trabajos anteriores como las interpretaciones tradicionales de Gerschenkron y Romeo sobre el crecimiento económico italiano en el siglo xix. En su opinión, la clave de las fluctuaciones de la economía italiana no está en la limitada oferta de capital doméstico, como mantienen los otros dos autores, sino en las condiciones particulares de la demanda de inversiones, que se pueden atribuir, según Fenoaltea, a las distintas expectativas empresariales y a la influencia de cambios en la política económica. Estos problemas, señaló, debían ser estudiados situando a Italia en el contexto de la economía internacional, para lo cual sería útil estudiar los movimientos de capital y trabajo en la balanza de pagos italiana. Un tanto al margen de estos problemas generales, destacó como factor clave de los desequilibrios regionales en el proceso de industrialización un factor geográfico, la ausencia de agua en el Mediodía italiano.

Por su parte, Pedro Fraile presentó un trabajo práctico de la teoría del cambio tecnológico inducido, a través del cual la teoría neoclásica explica el proceso de crecimiento económico. Tras estudiar las industrias del acero y del metal en el primer tercio del siglo xx en España, Fraile concluyó que los modelos microeconómicos que propone la teoría neoclásica son insuficientes para explicar completamente el cambio tecnológico, por lo que propuso introducir factores exógenos como los institucionales y las actitudes empresariales frente a la estructura del mercado. Esta conclusión, basada en su afirmación de que el coste unitario del trabajo en la industria del acero entre 1900 y 1930 fue superior a la media europea en el caso español, fue ampliamente debatida.

El tema de la cuarta sesión fue «El papel del Estado». La impresión general dominante fue que el estudio del papel del Estado en el crecimiento económico tiene aún un largo camino que recorrer, pero es una vía que promete ser fructífera y facilitar una mejor comprensión del proceso de modernización de las economías del Sur de Europa. Las ponencias de Bonelli, para Italia, y de Martín Aceña-Comín, para España, se centraron en tres grandes aspectos de la intervención gubernamental: la política fiscal y monetaria, la política de protección frente al exterior mediante tarifas y el análisis de la legislación económica y derechos de propiedad que definieron el marco institucional en que se desarrolló la actividad económica. Por su parte, Valério, en su ponencia sobre Portugal, discutió el papel del Estado en la formación del sistema industrial. Tanto Bonelli como Valério pusieron un mayor énfasis en la importancia de determinar si la intervención gubernamental directa fue una contribución positiva o no al crecimiento económico a largo plazo, mientras Martín Aceña-Comín prestaron mayor atención al estudio de los avances en la creación de un marco institucional adecuado al crecimiento económico.

La quinta sesión estuvo dedicada a «Los desequilibrios regionales», y dio lugar a una viva discusión sobre la necesidad de profundizar en este tipo de estudios cuando son aún tan considerables las lagunas que existen en temas de carácter más general. Entre los principales problemas que entrañan los estudios de historia económica regional se destacó, por una parte, el problema de las fuentes estadísticas o de otros datos cuantificables y, por otra, las dificultades de definir una región en términos económicos —la división administrativa fue considerada inadecuada—, debido precisamente a la naturaleza cambiante del crecimiento económico.

Los ponentes contestaron a algunas de estas objeciones con una defensa de la historia económica regional. Se destacó la existencia de distintos rasgos o modelos de crecimiento entre países de grandes disparidades regionales y países más homogéneos social y económicamente, así como el interés de los estudios regionales comparados para entender las causas de un mayor o menor atraso entre regiones de características similares.

De los trabajos presentados en esta sesión parece deducirse que las diferencias regionales no son en ninguno de los tres países un fenómeno del siglo XIX, sino más bien anterior. No obstante, Vera Zamagni señaló que se habían acentuado en Italia a partir de finales de siglo, dado que una política gubernamental única estaba encaminada a tener efectos muy distintos en las zonas atrasadas o desarrolladas del país —con esto atacó el argumento tradicional de que la política del Gobierno desde la Unificación había estado a favor del Norte—. También destacó que fueron las dos guerras mundiales las que en mayor medida contribuyeron a acrecentar la distancia entre el Norte-Centro y el Sur, favoreciendo la reconversión industrial y un aumento de las inversiones en el Norte. El caso de España, según una presentación oral de Pedro Tedde, no apoyó las conclusiones de Zamagni para Italia, pues, en su opinión, las diferencias regionales en España, lejos de aumentar a lo largo del siglo XIX disminuyeron, aunque también señaló que algunas regiones, como Andalucía, Extremadura y Murcia, empeoraron relativamente.

En su trabajo sobre Portugal, David Justino discutió la tradicional división regional en Norte y Sur, e insistió en que aún más importante era la atracción de un área geográfica determinada por un centro (Lisboa y Oporto) del que el interior del país se encontraba excesivamente desligado. Finalmente, Clara Eugenia Núñez presentó un esquema de análisis que permitiera determinar cuáles fueron los factores diferenciadores del desarrollo regional en dos regiones cuya economía se encontraba estrechamente vinculada al comercio exterior (Andalucía y País Valenciano). Entre las externalidades del comercio exportador que podrían estudiarse llamó la atención sobre la formación del mercado interno, a través de la distribución de la renta, y la formación de capital humano, a través de la difusión de nuevas técnicas de organización y producción, y de la mejora de la educación en general.

En la sexta y última sesión se discutió el tema global que sirvió de marco a las anteriores reuniones, el de la modernización de los países latinos.

¿Se puede hablar de un modelo de modernización económica aplicable a estos tres países? En otras palabras, ¿las causas del atraso relativo de la Europa del Sur y su posterior recuperación ya entrado el siglo XX son comunes a estos tres países —y a la cuenca mediterránea en general— o se trata de una mera coincidencia, resultado de situaciones muy distintas? Los paralelismos que se pusieron de manifiesto a lo largo del encuentro, más fuertes entre España e Italia que entre estos dos países y Portugal, apoyan la necesidad de ahondar en la historia económica comparada entre estos países y, por consiguiente, en la utilidad de elaborar un modelo común de modernización. Este posible modelo quedó sin definir en Sevilla, aunque se perfilaron algunas directrices que parecen prometedoras —el peso de una tradición cultural común y, por tanto, de unas instituciones parecidas, el problema de la escasez de ca-

pital humano, más agudo en unos casos que en otros, y las similitudes geográficas derivadas, en parte, de su mediterraneidad.

Patrick O'Brien mostró su escepticismo ante las tipologías existentes para la historia económica europea, aunque se declaró a favor de la historia comparada. Con este fin discutió algunos de los modelos más conocidos, como los de Rostow y Gerschenkron, además de la comparación de la Europa continental con la Primera Revolución Industrial en Inglaterra, modelos que, en su opinión, resultan inadecuados. Ahora bien, afirmó que algunos de los aspectos que Gerschenkron consideró importantes en el desarrollo económico de los países relativamente atrasados pueden ser claves y merecen más atención de la que hasta ahora han atraído. Se refirió, en particular, al papel del Estado y de las instituciones políticas sobre el cambio económico. También insistió O'Brien en la importancia del comercio exterior y los cambios en las ventajas comparativas que su desarrollo lleva consigo.

Jaime Reis planteó una serie de contrafactuales para explicar las causas del atraso portugués durante el siglo XIX, de las que se pueden extraer conclusiones válidas para el conjunto de países «latinos». Tras considerar insuficientes o inadecuadas las explicaciones tradicionales del atraso portugués (la estructura de la propiedad de la tierra, la dependencia externa y las estructuras mentales y sociales de la burguesía heredadas del Antiguo Régimen), Reis elaboró tres contrafactuales en los que se preguntaba qué hubiera pasado si: 1) se hubiera desarrollado una industria siderúrgica protegida (no hubiera podido contribuir en más de un 2 por 100 al PNB); 2) se hubiera fomentado la industria de exportación —corcho y conservas—, dado que el mercado interno era muy limitado (la demanda internacional de estos productos tampoco hubiera sido suficiente), o 3) hubiera aumentado la dependencia externa de productos primarios, de los cuales el más prometedor era el vino (no hubiera podido, sin embargo, competir con el de otros países exportadores, como la propia España). Concluye Reis que el atraso económico portugués del siglo XIX no podía haberse evitado porque no existían verdaderas alternativas, y que una mayor *dependencia* o inserción en la economía internacional hubiera sido beneficiosa, conclusiones que pueden aplicarse, en mayor o menor medida, a los otros países latinos.

Gabriel Tortella y Leandro Prados, como organizadores de esta reunión, se plantearon de forma más directa la existencia o no de un *modelo latino* de modernización económica, y los rasgos que, en este caso, lo definirían. Los datos que presentaron sobre renta nacional a partir de mediados del siglo XIX para Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Francia, Italia, España y Portugal sostienen la hipótesis de un comportamiento común o *latino* entre estos tres últimos. Los tres últimos países muestran un aumento de la distancia que les separa de Inglaterra a todo lo largo del período, desfase que se detiene y em-

pieza a disminuir lentamente antes de la Segunda Guerra Mundial, acortándose las distancias claramente tan sólo después de esta gran conflagración. Dado que la recuperación de estos países, siempre en relación con los más desarrollados como Inglaterra, es un fenómeno del siglo xx, los autores sólo abordan en este trabajo el estudio de las causas del atraso comunes a todos estos países.

En su definición del desarrollo económico «como el resultado de la interacción de dos grandes factores: el entorno físico de un área determinada y la tecnología disponible, entre los cuales se interpone un elemento mediador, el conjunto institucional de la sociedad que habita el lugar» (Tortella y Prados, p. 5, traduzco) se encuentra la clave para entender su selección de factores: la cultura, derivada de una herencia común romana, y el medio físico, marcado por la mediterraneidad. Este último impidió que se adoptara la revolución agrícola que había triunfado en los países del norte de Europa, y en la que más tarde se había basado su industrialización. Entre los factores culturales o institucionales, más difíciles de medir en términos cuantitativos, estos autores señalan el interés que puede tener el estudio del analfabetismo, tema escasamente trabajado. Ahora bien, si dejan claras las consecuencias del analfabetismo para el crecimiento económico —«una población no educada es muy poco receptiva al cambio tecnológico importado, e incapaz de generar este cambio de forma espontánea» (p. 10)—, tan sólo esbozan las posibles causas del elevado analfabetismo de los países latinos durante este período. Destacan, por una parte, el círculo vicioso de la pobreza, que impide a estos países realizar mayores inversiones en educación, y, por otra parte, un argumento ya tradicional, la actitud negativa de la Iglesia católica ante la alfabetización frente a la actitud positiva de los credos protestantes, que favorecen la lectura directa de los textos sagrados. (Países mayoritariamente católicos, pero con niveles de alfabetización muy superiores a los del grupo aquí estudiado, como Francia y Bélgica, gozaban desde comienzos del siglo xix de una mayor separación de los intereses Iglesia-Estado.)